

LIBROS, LIBROS, LIBROS...

Adquiridos:

Le Gaufey, Guy: *Hiatus sexualis. La no-relación sexual según Lacan*, El cuenco de plata, Bs. As. 2014.

Lacan, Jacques: *El seminario. Libro 6. El deseo y su interpretación*, Paidós, Bs. As. 2014

Freud, Anna y Freud, Sigmund: Sigmund y Ana Freud. Correspondencia 1904-1938, Paidós, Bs. As. 2014.

Recibidos:

Flesler, Alba: *Niños en análisis. Presentaciones clínicas*. Paidós, Bs. As. 2014.

En esta entrega escriben:

Oswaldo Arribas,
sobre el libro de Pierre Bruno *Lacan pasador de Marx*.

Helga Fernández,
sobre el libro de Daniel Paul Schreber *Memorias de un neurópata*.

Ursula Kirsch,
sobre el libro *Lo que el pase nos enseña*, recientemente editado por Ediciones Oscar Masotta.

Lo que el pase nos enseña

Lo que el pase nos enseña, Oswaldo Arribas, Analía Battista, Graciela Berraute, Aida Canan, Ana Casalla, Noemí Ciampa, Verónica Cohen, Dora Nilda Daniel, Guillermina Díaz, Ursula Kirsch, Noemí Sirota, Analía Stepak, Alicia Russ, José Zuberger, Ed. Oscar Masotta, Bs. As. 2014.

Este libro recoge la experiencia de una práctica de escuela que comenzó en el 2008 bajo el nombre *Pase y Enseñanza*, que continúa hoy, llamándose *Lo que el pase nos enseña*.

El centro de su trama es la experiencia del pase, su práctica en la Escuela Freudiana de la Argentina, lo que esta práctica enseña, con la pluralidad que legitima el funcionamiento del dispositivo del pase. Los autores fueron integrantes de diferentes Carteles de Pase, A.M.E. y A. E. de la EFA, y A. E. de la Escuela Freudiana de Buenos Aires y de la Escuela de Psicoanálisis Sigmund Freud de Rosario.

El lector podrá encontrar dónde la experiencia viva del análisis encuentra en el pase una singularidad radical para volverse transmisión.

Ursula Kirsch



LECTURAS

Oswaldo Arribas leyó: Lacan pasador de Marx. La invención del síntoma, de Pierre Bruno, Ediciones S&P, Barcelona, 2013.



En este libro de Bruno se cuestionan los planteos de tres filósofos y de un psicoanalista. Se refiere así a Guattari, como al psicoanalista, y a Althusser, Deleuze y Zizek, como los filósofos. Y dice que considera a estos cuatro autores porque entiende que han tomado en serio al psicoanálisis.

Lo que discute con estos autores es la relación entre la castración, la división subjetiva y el síntoma. Dice Bruno que el **síntoma**, inventado por Marx y fundado por Lacan, no puede sostenerse ni con el "mal sujeto" de Althusser, ni con el "rizoma" de Deleuze, ni con el "sujeto vacío" de Zizek. Define al síntoma como el acontecimiento del cuerpo por el cual el cuerpo se sustrae, al menos por una vez, y al menos en un lugar, a la voluntad de goce del Otro: "Al ser hablado, el cuerpo se torna hablante, y el acontecimiento síntoma actualiza la división del cuerpo por el lenguaje y, sincrónicamente, la división del lenguaje por el cuerpo: de ahí se origina la palabra hablada, la *parole*."

Cada vez que habla de la castración Bruno la refiere al padre real, siguiendo el cuadro de las categorías de la falta, tratándose siempre entonces de la castración simbólica, de la castración como deuda simbólica. La deuda simbólica con el padre real es porque facilita el atravesamiento del fantasma que funda la excepción, por "debilitar" la figura del padre ideal, permitiendo así, el acceso al *no-todo* de la castración.

En el apartado donde discute con Zizek, explicita su posición como una diferencia fundamental entre **división** y **castración**. Y lo que me pareció muy interesante es que Bruno ubica la *falta* como puramente simbólica o imaginaria, siempre relativa; y a la *pérdida* como irreductible, absoluta. Y me llamó la atención porque yo suelo plantear los términos al revés, aunque con la misma lógica, pensando que la pérdida del objeto, relativa, es aquello por lo que hay que hacer un duelo para convertirla en falta real y absoluta. Bruno lo presenta al revés, la falta como relativa y la pérdida como absoluta, y se refiere a la pérdida de goce.

Zizek plantea en "El espinoso sujeto" que el sacrificio neurótico es la negación de la castración, porque fingiendo no poseer el objeto que aseguraría el goce, el sujeto se convence de que lo tiene, pues finge no tenerlo, y si finge no tenerlo es porque lo tiene, o sea, hace y se hace creer que lo tiene. Bruno toma este ejemplo de Zizek como una ilustración ejemplar de la diferencia entre la castración —que permite el simulacro de que se tiene lo que no se tiene— y la división, que implica una pérdida sin retorno, y "que sitúa lo que se ha perdido en la exterioridad del sujeto".

Y precisa que el pase de la **castración** a la **división** no es el franqueamiento desde la relatividad de la falta a lo absoluto de la pérdida, sino la aceptación —resistida tanto como sea posible por la creencia, siempre confortable, en un Otro que impediría el goce—, la aceptación de que la castración no es todo, o bien, que *no es toda*.

Y concluye subrayando que "el descubrimiento, casi simultáneo, de la roca de la castración y de la *Spaltung* (división), no es antinómico con el *pase* lacaniano, sino que, por el contrario, lo prepara. Asumir nuestra división de sujeto es aceptar que la roca sea roca, pero que no hace sino prohibir el acceso a un lugar en el que gozar equivaldría a morir".

En este libro Bruno hace también una lectura muy interesante del discurso capitalista, que tiene mucho que ver con el problema que plantea el título de un Seminario de la Fundación del Campo Lacaniano, entre la tiranía del sexo y la democracia sexual.

Bruno plantea que, al desaparecer el vector que vincula al sujeto con el saber inconsciente, se produce una **escisión** entre el sujeto y el saber, una escisión que priva al sujeto de su dialéctica con el saber. Por otro lado, la inversión del vector entre *semblant* y *verdad*, elimina la barrera contra el goce que es estructural en los cuatro discursos. Entonces, en el discurso capitalista no hay barrera que impida que el plus de gozar pueda satisfacer al sujeto hasta la saciedad, hasta el hartazgo.

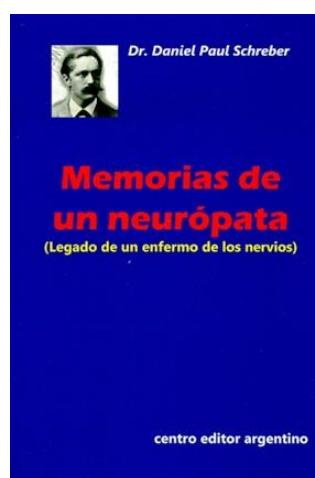
Podríamos preguntarnos si efectivamente hay discurso *sin* esta barrera contra el goce, y también si hay sujeto *sin* esta barrera contra el goce, pero sí, porque no se trata de la forclusión del Nombre del Padre que impediría la constitución del sujeto, y entonces también la del discurso, sino de la forclusión de la castración a nivel del discurso, a nivel del lazo social, porque «el sintagma "discurso capitalista" designa el lazo social que se desprende del dominio del modo de producción capitalista"».

No hay barrera contra el goce, pero no deja de haber *semblant*, porque recordemos que no hay discurso que no sea del *semblant*, lo cual impide que el deslizamiento ininterrumpido del significante llegue a destruir completamente el lazo que asegura la función del lenguaje.

La división del sujeto implica su dialéctica con el saber inconsciente, un ida y vuelta en las que se sostiene el deseo respecto de la pulsión. La forclusión de la castración en el discurso capitalista enmascara esta división al hacer desaparecer esta relación dialéctica del sujeto con el saber. Se produce, entonces, una escisión, el sujeto queda disociado de su saber y sometido a una demanda pulsional que sin el auxilio del saber, saltea el saber y se dirige al "objeto farmacológico".

El sujeto capitalista espera encontrar la respuesta a su deseo en la farmacia, o sea, en el consumo de fármacos que acallen la pregunta angustiante del deseo, siempre más allá de toda necesidad.

Helga Fernández leyó: Memorias de un neurópata. Legado de un enfermo nervioso, de Daniel Paul Schreber, Centro Editor Argentino, 2010.



Un amigo, una tarde, me dijo que cada lector es dueño de una técnica a la hora de leer, lo sepa o no. Él lee todo como si fuera literatura. Acaso, ¿en la Biblia no encontrás poesía, saga y narración?, me preguntó una vez para tratar de explicarme en qué se sustenta su técnica. Bajo sus argumentos, releí "Memorias de un neurópata" de Daniel Paul Schreber.

Antes de emprender semejante cometido tuve que hacer un esfuerzo por dejar, lo más al margen posible, al Schreber de Freud y al Schreber de Lacan. Sabiendo que no era tarea sencilla, decidí empezar leyendo otras obras. Obras en la que no estuviera en duda el carácter literario de las mismas. Obras en la que su protagonista, coincida o no con el hombre que escribió, relatará su experiencia con la locura y el desarreglo de los sentidos. Empecé por una *Una temporada en el infierno*, de Rimbaud, seguí con *La edad del hombre*, de Leiris, después con *Exégesis* de Philip Dick y terminé con la *Aurélia* de De Nerval-Gautier. Lo que pretendía era encontrar el clima, el tono o el color conveniente para poder leer las *Memorias* como un libro más de esta serie, sin el prejuicio de que fue escrito por un paciente psiquiátrico

que, desde su intención, quería mostrarle al mundo que no estaba loco para obtener, por parte del Tribunal, el levantamiento de la tutela.

Mannoni en *La Otra escena*, en consonancia con mi prestada técnica de lectora, se pregunta por qué la obra de Schreber no forma parte del acervo de la literatura. Responde que no se incluye en la misma por su estilo o, más precisamente, a causa del género, que hacen de este libro algo semejante a un informe psiquiátrico o a un documento técnico, alejándolo —según él— de todo cariz literario. Sin embargo, el estilo o el género no bastan para excluir del cuerpo de la literatura a ninguna obra y, por ende, tampoco a las *Memorias*. Las normas de validación de lo literario penden de un hilo. Más todavía, es posible definir la literatura como todo aquello que no encuentra definición, porque su esencia nunca está, siempre hay que encontrarla o inventarla de nuevo. Quien afirma a la literatura, no afirma nada; quien la busca, sólo busca lo que se escapa. Por eso, finalmente, cada buen libro, persigue la no-literatura como lo que quiere y quisiera alcanzar, sabiendo, de antemano, que es imposible. -Esto, claro está, también me lo enseñó mi amigo.-

Y, qué otra cosa hace Schreber que tratar de decir lo que antes de escribir le resultaba indecible mostrando y dejando ver el pasaje desde el "agujero negro" hacia el ras de lo articulable. Su obra podría ser considerada como una pregunta sobre el sentido en la que el narrador, a lo largo de su recorrido, trata de leer los signos que pueblan su vida. Así, a partir de sus experiencias y alucinaciones, plantea hipótesis, las corrige o descarta, incorpora nuevas reflexiones y se rinde ante evidencias, por lo que modifica suposiciones que parecían inamovibles. Todo el libro se asienta en una frase, "El alma humana está contenida en los nervios del cuerpo", que se expande en elaboraciones sucesivas, apoyadas en referencias eruditas, elaboradas con la convicción de un teólogo, un acopiador de mitos o un novelista antiguo, de los que creían en la verosimilitud de las representaciones. La hazaña es notable.

Incluso, suspendiendo la discusión de si las *Memorias* son o no son literatura, es innegable que Schreber juega el juego del escritor o termina siendo jugado por él. O acaso ¿alguien puede poner en duda que enhebra, a través de la arquitectura del texto, una subjetividad que esta construcción, a su vez, toma como material para la creación de las condiciones de su surgimiento? Daniel Paul Schreber, un profesional intachable, de sólida ética prusiana, un día se encontró imaginando "qué bello sería ser una mujer en el momento del coito" y, vaya a saber por qué solución de continuidad, empezó a escribir. Primero lo hizo en notas sueltas, dispersas, disgregadas, hasta que el Doctor Weber le concedió el uso de un *Gran cuaderno de tela negra*. Así fue que Schreber se transformó en Schreiber y llegó a cojer¹ con el mismísimo Dios. Lo que me lleva, aunque más no sea a preguntar, si la lógica de la secuencia narrativa de su texto —que va de la repugnancia en la adopción de la posición femenina en el momento del coito hacia ser la mujer de Dios— no es correlativa del dejarse hacer escritor por la escritura. Sus hijos, la nueva raza de Schreber, ¿serán, entonces, las múltiples lecturas nacidas a partir de la lectura de sus *Memorias*?

No me importa la discusión ideológica y/o purista de si lo que Schreber escribió es o no literatura, como analista que lee, me importa que Schreber escribiendo escribió al escritor y al lector. Al escritor que fue y que es cada vez que lo leemos y, correlativamente, al lector porque antes de que alguien ocupara de hecho ese puesto, su escritura construye un lugar para que, quien pueda y quiera, lo habite.

Schreber escribe en su proceso de escritura un *Él*, que no es ni un tú ni un yo, ni un ellos ni un nosotros. Escribe una tercera persona, una otra voz, la del que escribe². Una voz que le otorga la posibilidad de que esas voces, que le hablan y no sabe qué le dice, sean escuchadas por "él mismo" y por otros³. Y, así, como cualquier escritor que se precie de tal, Schreber desprendido del mundo y, entonces, de su palabra que se le fuga y deshace como su yo, decide hacerle frente al silencio o al caos ruidoso y ensordecedor, y tartamudea y trata de inventar un orden simbólico en el que poder existir, y él mismo es quien se inventa y da el salto mortal y renace y es otro.

1. Si bien la RAE no le da existencia a esta palabra, la autora decide escribirla así.
2. Apoyándose, en este caso, en la del narrador, aunque hago uso de la primera persona del singular.
3. En este sentido, me parece digno mencionar que Schreber, justamente en el último capítulo de sus *Memorias* se hace preguntas sobre "él mismo", escribe una consideración acerca del pronombre "Aquel" y, por primera vez, hace referencia a un "en nombre propio", a partir del cual estaría en condiciones de emitir una tesis.